

# Las primeras bibliotecas de Roma (Romoteca)

Víctor ALONSO TRONCOSO

Universidad de La Coruña

## RESUMEN

El objetivo de este artículo es ofrecer una visión actualizada sobre el desarrollo de las primeras bibliotecas en la Roma antigua, desde fines de la República al primer siglo del Principado (I a.C.-I d.C.). Se estudian las bibliotecas públicas y privadas, atendiendo no sólo a los aspectos arquitectónicos y bibliotecarios, sino también considerando las condiciones políticas y socio-culturales de la lectura en la Antigüedad.

## PALABRAS CLAVE

República.  
Dinastías Julio-Claudia y Flavia.  
Alfabetización y lectura.  
Arqueología de las bibliotecas.

## ABSTRACT

The aim of this article is to give an up-to-date outline of the development of the first libraries in ancient Rome, from the end of the Republic to the first century of the Principate (I B.C.-I A.D.) Both private and public libraries are studied and attention is given not only to architectural and librarian aspects but also to the political and sociological conditions of reading in antiquity.

## KEY WORDS

Republic.  
Julio-Claudian and Flavian dynasties.  
Literacy and reading.  
Archaeology of libraries.

**SUMARIO** 1. Introducción. 2. La época republicana. 3. El final de la República y el Alto Imperio.

## 1. Introducción

*Bibliothecae et apud Graecos et apud nos tam librorum magnus per se numerus, quam locus ipse, in quo libri collocati sunt, appellatur* (Sextus Pompeius Festus, *De verborum significatione*, s. v. «bibliothecae»).

Antes ya del Alto Imperio, en tiempos de la República, se produjo un hecho que tuvo una gran importancia para el arraigo de la idea de biblioteca en Roma: la llegada a la *Urbs* de colecciones enteras de libros griegos en concepto de botín de guerra<sup>1</sup>. Desde el siglo II a.C. los gobernadores y generales romanos retornaban de Oriente no sólo con obras de arte, oro y plata, sino también con esclavos altamente cualificados, rehenes de élite (un Polibio), y rollos y rollos de papiro que, en el grado superlativo de la biblioteca de Alejandría, conservaban la «memoria del mundo»<sup>2</sup>. Se trataba, en efecto, de libros en forma de rollo, que el helenismo perpetuaba como tradición milenaria heredada del Egipto faraónico. Eran, y seguirían siendo durante mucho tiempo, los siglos hegemónicos del *volumen*, de la lectura en voz alta, del libro para el *otium* —la lectura recreativa, que diría G. Cavallo<sup>3</sup>—; los siglos de la identificación del formato en rollo con el *liber*, con el libro por antonomasia, al extremo de que se acuñaran expresiones como *evolvere librum* o *evolvere auctores*, o hasta el punto de que Plinio el Joven llamase por las buenas *volumen* a su *Panegírico de Trajano* (*Ep.*, 3, 18, 1). Años y más años de civilización romana durante los cuales el *codex* llevará una existencia más humilde, aunque no menos extendida, como cuaderno de escuela, libreta de apuntes y prontuario de uso técnico y profesional<sup>4</sup>.

## 2. La época republicana

En los años de tránsito de la tercera a la segunda centuria a.C. los hombres del Lacio y sus aliados itálicos comenzaron a familiarizarse con la cultura griega, la cual conocía ya verdaderos

<sup>1</sup> Ver H. Blanck, *Das Buch in der Antike*, Múnich 1992, p. 152 y ss.; L. Casson, *Libraries in the Ancient World*, New Haven y Londres 2001, p. 61 y ss. (Por lo demás, adelantemos que las abreviaturas de revistas seguirán las normas de *l'Année Philologique*).

<sup>2</sup> A. Manguel, *Una historia de la lectura*, Madrid 1998, p. 221. Por lo demás, ver L. Canfora, *La biblioteca scomparsa*, Palermo 1986 (hay trad. española); id., *La Bibliothèque d'Alexandrie et l'histoire des textes*, Lieja 1992, *passim*; R. MacLeod (ed.), *The Library of Alexandria. Centre of Learning in the Ancient World*, Londres y Nueva York 2000, *passim*; H. Escolar, *La Biblioteca de Alejandría*, Madrid 2000, *passim*.

<sup>3</sup> *Entre el volumen y el codex. La lectura en el mundo romano*, en G. Cavallo y R. Chartier (dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid 1998, p. 124 y ss. Fundamental asimismo N. Lewis, *Papyrus in Classical Antiquity*, Oxford 1974, sobre su cultivo, manufacturación y extensión en la Antigüedad.

<sup>4</sup> También de uso administrativo para los documentos públicos, como los libros contables del fisco, por ej., aquellos *syngrapha* (listas de deudores) que los Plúteos de Trajano (en concreto una de las lastras relivarias) representan en el momento de ser llevadas para su destrucción en el foro, en una remisión general de deudas: cf. A. García y Bellido, *Arte romano*, Madrid 1990, fig. 647; F. Pesando, *Libri e biblioteche*, Roma 1994, fig. 5. Bajo otros reinados y en el mismo foro de Trajano: SHA, *Hadr.* 7, 6; *Aur.* 39, 3. Sin olvidar sus aplicaciones en la vida militar y campamental, sobre lo cual dan una magnífica idea los hallazgos de Vindolanda (Inglaterra) y Windisch (Suiza): cf. R. Birley, *The Roman Documents from Vindolanda, Northumberland*, 1994 (2.<sup>a</sup> ed.); A. K. Bowman, *The Roman Writing Tablets from Vindolanda*, Londres 1983 (non vidi), y M. A. Speidel, *Die römischen Schreiftafeln von Vindonissa*, Brugg 1996, de muy recomendable consulta. Por lo demás, cf. sobre todo C. H. Roberts, T. C. Skeat, *The Birth of the Codex*, Oxford 1983, *passim*, para la historia de la recepción y difusión del código en Roma, y también J. v. Haelst, *Les origines du codex*, en A. Blanchard (ed.), *Les débuts du codex*, Brepols-Turnhout 1989, pp. 13-35; Blanck, o.c., p. 86 y ss.

libros y verdaderas prácticas de lectura, y también verdaderas bibliotecas, con una tradición arquitectónica propia, diferenciada del archivo<sup>5</sup>. En un periodo como aquél, en el llamado siglo de los Escipiones, de cambios y vacilaciones, de expansión y conquista, los antiguos *libri lintei* del saber sacramental y las *tabulae* de la tradición jurídica tenían que hacer sitio a los grafismos vertiginosos y desenvueltos del Oriente, a los escribanos y grafómanos, a las nuevas «autopistas de la información» facilitadas por el papiro, el cálamo, la tinta, el juego de capitales y cursivas, amén del griego, la lengua franca sin discusión. Y todo ello pese a los misonéistas y recalitrantes de siempre, hombres como Catón el Censor, quien seguía escribiendo las notas de sus discursos en tablillas y hacía ascos a los títulos de importación<sup>6</sup>.

De Catón el Viejo a Marco Tulio Cicerón Roma iba a experimentar grandes transformaciones, hasta el punto de incorporarse de lleno a los circuitos económicos y literarios del helenismo, incluido el fenómeno socio-cultural de la aparición de un público lector. Casi nada. La diferencia cualitativa en las orientaciones lectoras se puede medir sin mayores dificultades dentro de la misma familia de los Porcios. Catón de Utica se despide de la vida con el *Fedón* en las manos, diálogo sobre la inmortalidad del alma a guisa de viático para un hombre empapado de helenismo (Plu., *Cat. Min.* 68, 2 y ss.). Un aristócrata romano de querencias estoicas que, antes de suicidarse, se recoge a leer en la intimidad de su casa —ante «el silencio de la escritura»—, contrasta en gran medida con la imagen de un Sócrates, el filósofo ateniense que en el *Fedón* y en el *Critón* había preferido dialogar con sus discípulos antes de beber la cicuta: he ahí un símbolo del cambio de actitudes ante la palabra hablada y la palabra escrita en el mundo grecorromano, desde comienzos de la cuarta centuria hasta el siglo I a.C.<sup>7</sup>. La figura de Catón de Utica resulta doblemente representativa de los nuevos tiempos, ya que él mismo era frecuentador de colecciones privadas, como aquella que Marco Licinio Lúculo poseía en Túsculo, formada con el valioso legado que su padre Lucio había constituido con los despojos pónticos de la tercera guerra mitridática (Cic., *De fin.*, 3, 7; Plu., *Luc.* 42). La avidez de la lectura, la *aviditas legendi*, dominaba a Catón hasta el punto de llevarse los volúmenes al mismísimo senado, donde los devoraba mientras aguardaba el comienzo de las sesiones (Cic., *loc. cit.*). También de

<sup>5</sup> Vid. Ch. Callmer, *Antike Bibliotheken*, Opusc. Archaeol. 3 (1944), p. 145 y ss.; C. Wendel, W. Göber, *Der hellenistische Osten*, en G. Leyh (Hrsg.), *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, III, Wiesbaden 1955, p. 62 y ss.; F. D. Harvey, *Literacy in the Athenian democracy*, REG 79 (1966), p. 585-635; E. Makowiecka, *The Origin and Evolution of Architectural Form of Roman Library*, Varsovia 1978, p. 7 y ss.; Blanck, o.c., p. 133 y ss.; H. Escobar, *Historia universal del libro*, Madrid 1993, p. 135 y ss., 147 y ss.; L. Canfora, *Le biblioteche ellenistiche*, en G. Cavallo (a c.), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma-Bari 1993, p. 3-28; E. G. Turner, *Los libros en la Atenas de los siglos V y IV a.C.*, en G. Cavallo (ed.), *Libros, editores y público en el mundo antiguo. Guía histórica y crítica*, Madrid 1995, p. 25 y ss.

<sup>6</sup> Plu., *Cat. Ma.*, 2, 4; A. E. Astin, *Cato the Censor*, Oxford 1978, p. 135 y ss. Por lo demás, ver Plin., *Nat.* 13, 69-70, sobre la idea que se hacía la erudición romana de la evolución de los materiales escriptorios.

<sup>7</sup> Fundamental al respecto el *Fedro*, 257 y ss., y ver E. Lledó, *El silencio de la escritura*, Madrid 1992, *passim*; id., *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona 1992, *passim*. Silencio de la escritura que, desde el punto de vista dialogístico (filosófico, en el fondo), puede predicarse lo mismo de la lectura oral que de la lectura silenciosa, la cual, según J. Svenbro, *La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa*, en Cavallo, Chartier, o.c., p. 57-93, se dio desde el arcaísmo como técnica muy minoritaria. Ver debate filológico anterior (Knox versus Balogh) resumido en Manguel, o.c., p. 359 n.º 5.

esta «última generación de la República» nos llega otra noticia relacionada con los cambios cuantitativos del público lector, a saber, la ampliación del número de personas capaces de acceder a ciertos géneros y títulos. Cicerón, lector compulsivo, como Catón, y grafómano incurable, como Varrón, nos refiere que algunos individuos de condición social modesta, caso de los artesanos, se apasionaban con la *historia*. Al decir del orador, tales clases de personas leían —o escuchaban— libros de historia por *voluptas*, es decir, por el mero placer de la lectura, no por la *utilitas* que pudiera extraerse de dicho género; utilidad formativa que en definitiva se suponía había de ser la meta apetecida por todo lector con posibilidades de seguir la carrera política<sup>8</sup>. No sería de extrañar, por consiguiente, que autores como César o Cornelio Nepote llegasen a grupos de lectores mucho más amplios que los representados por la élite de escritores y hombres cultos a la que ellos mismos pertenecían: los círculos rectores tradicionales de la sociedad romana, el *ordo senatorius* y el *ordo equester*. A juzgar por las manifestaciones de Ovidio, un poeta del periodo augusteo podía albergar la esperanza de llegar a «ser leído por el pueblo llano» (*Tr.* 1, 1, 88). A finales del siglo I, Marcial lo daba por hecho (*Ep.* 12, 2).

Quien dice Lúculo, dice Sila, o dice Emilio Paulo, por no hablar antes de los Escipiones: todos ellos, en mayor o menor medida, retornaron de Oriente cargados de *volumina* con los que hicieron célebres sus colecciones particulares. En particular, el traslado a Roma de la biblioteca del rey Perseo de Macedonia, vencido en Pidna (168 a.C.), debió de constituir un auténtico hito en la historia de la biblioteconomía latina<sup>9</sup>. Pues con esas formas librarias llegaban también saberes y técnicas del mundo helenístico en cuanto a comercio librero, práctica editorial (amanuense y editora) y organización bibliotecaria, en concreto, la biblioteconomía peripatética, la alejandrina, la pergamena, etc., un conjunto de experiencias inextricablemente unidas a la filología alejandrina que los romanos incorporaron a su quehacer de bibliófilos y que asimismo aplicaron a la hora de seleccionar, copiar, catalogar y conservar sus fondos en lengua latina. Es el caso de Cicerón y su hermano Quinto, aquél con la inestimable ayuda de Tirón, su secretario, o incluso con el asesoramiento técnico de los *librarii* griegos que le enviaba su gran amigo Tito Pomponio Ático de su propia casa (*Cic., Att.* 4, 4a, 1; 4, 5, 3; 4, 8, 2; *Nep., Att.* 13, 3); es asimismo el caso de Catón y de Marco Terencio Varrón, y de otros nombres que no nos han llegado en las fuentes<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> *Cic., Fin.* 5, 51-52; cf. Cavallo, o.c., en Cavallo, Chartier, o.c., pp. 101-2.

<sup>9</sup> Cf. E. Pöhlmann, *Einführung in die Überlieferungsgeschichte und in die Textkritik der antiken Literatur*, Darmstadt 1994, p. 50; también Makowiecka, o.c., p. 26, y Casson, o.c., p. 68 y ss. Sobre la biblioteca de Apelición, rica en fondos peripatéticos, traída por Sila desde Atenas, ver Callmer, o.c., pp. 154-55.

<sup>10</sup> Cavallo, o.c. en Cavallo, Chartier, o.c., pp. 100-101. Recuérdese en tiempos de los Gracos al gramático C. Octavio Lampadio, por su introducción en la literatura latina del principio divisorio del libro o canto, respondiente a la nueva unidad manejable de un rollo de papiro: cf. J. Bayet, *Literatura latina*, Barcelona 1983, p. 52; Cavallo, *Libro e cultura scritta*, en A. Momigliano, A. Schiavone (a.c.), *Storia di Roma*, 4, Torino 1989, p. 706. Aludamos de pasada a la importancia de los «círculos literarios» para el acopio y edición de textos, merced al mecenazgo de los *nobiles*, desde Q. Lutacio Catulo y los Escipiones hasta Pompeyo: ver J. J. Caerols, *La actividad intelectual de los generales romanos*, en F. Sánchez, J. A. Sánchez, *Humanismo y milicia*, Madrid 1992, pp. 126-27. Organización y préstamo en las bibliotecas privadas desde Cicerón a Séneca: *vid.* P. Fedeli, *Biblioteche private e pubbliche a Roma e nel mondo romano*, en Cavallo (a.c.), o.c., p. 42 y ss.

### 3. El final de la República y el Alto Imperio

Podemos representarnos el aspecto y la evolución de estas colecciones particulares, desde fines de la República al periodo julio-claudio, basándonos en los restos arquitectónicos exhumados en la llamada Villa de los Papiros, en Herculano. La mansión fue descubierta a mediados del siglo XVIII por el aragonés Roque Joaquín de Alcubierre, ingeniero militar y director de las excavaciones de Pompeya, Herculano y Estabias, realizadas por orden de Carlos III, entonces rey de las Dos Sicilias<sup>11</sup>. Aunque subsistan algunas dudas al respecto, parece que esta lujosa residencia había sido en su día propiedad nada menos que del suegro de César, Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul y censor (en 58, 50 a.C.), personaje abierto al helenismo que había tomado bajo su protección al epicúreo Filodemo de Gadara. Estas preferencias y afinidades explican no sólo que una gran parte de los fondos bibliográficos de la colección consista en títulos del citado filósofo, sino también la particularidad arquitectónica de que la zona de entrada de la *villa*, en torno a un pequeño peristilo, se configure según el modelo helenístico del gimnasio. Debía de ser en esa ala de la casa (con el *tablinum* incluido, o sala de recepción), donde en armarios de pared se guardaban los libros, y donde señores y huéspedes se entregaban al placer de la lectura<sup>12</sup>. Como no podía ser de otra manera, los restos carbonizados de papiros incluyen asimismo textos en lengua latina, o dicho con otras palabras, los Pisones habían ido adquiriendo y habían mandado copiar obras de autores romanos, haciendo así gala del bilingüismo cultural de la alta sociedad de la época, pero también de una concepción biblioteconómica dualista que ya estaba vigente desde la generación de Cicerón y su hermano Quinto<sup>13</sup>.

Si de buena sociedad se trataba, tampoco Trimalción deseaba quedarse atrás en el acopio de libros, de donde su hinchazón y desatino de nuevo rico: *et ne me putes studia fastiditum, tres bybliothecas habeo, unam Graecam, alteram Latinam* (Petr., *Sat.* 48, 4). La verdad es que la figura de Trimalción recuerda a la de un personaje medio de Rabelais, medio de Molière, si se quiere entre Pantagruel y Monsieur Jourdain, y por ello mismo la referencia de autoridad se nos va en su caso a Thorstein Veblen<sup>14</sup>. El antropólogo americano hablaría aquí con toda pertinencia de ocio y consumo ostensibles, de canón imperativo en lo tocante a los bienes

<sup>11</sup> Se leerá con provecho y buenas fotografías a J. A. Calatrava, *El descubrimiento de Pompeya y Herculano y sus repercusiones en la cultura ilustrada*, en *Carlos III 1788-1988*, Rev. Fragmentos 12-14 (1988), p. 81-93, con explicaciones del papel de Alcubierre y La Vega en la historia de las excavaciones. Por lo demás, cf. G. Cavallo, *Libri, scrittori, scribi a Ercolano*, Nápoles 1983 (non vidi).

<sup>12</sup> Para los detalles e interpretaciones, ver Pesando, o.c., p. 55; también Pöhlmann, o.c., p. 50 y ss., quien supone con razón la existencia de un *scriptorium* en la villa ya desde tiempos de Cesonino (al igual, por ej., que en la biblioteca de Pomponio Ático y Cicerón). Sobre el clima político, intelectual y estético que origina estas residencias campestres, cf. P.Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid 1992, p. 46 y ss.; idem, *Pompeji. Stadtbild und Wohngeschmack*, Maguncia 1995, *passim*.

<sup>13</sup> Por ej. Cic., *Q. fr.* 3, 4, 5. Ver. P.T. Pütz, *De M. Tulli Ciceronis biblioteca*, Diss. Münster 1925, p. 25 y ss., 68 y ss., para una relación exhaustiva de los autores que formaban sus dos bibliotecas.

<sup>14</sup> *Teoría de la clase ociosa*, 2.<sup>a</sup> ed., México 1974, *passim*. Interesante es C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid 1972, p. 323 y ss.

improductivos y honorables (el *otium cum dignitate*); nosotros precisaríamos que en el marco de una sociología de contrastes y tensiones más o menos soterradas: aristocratismo, jerarquización y refinamiento, por un lado, en relación dialéctica con los empujes de la movilidad social alto-imperial (*homines novi*), y todo ello sobre un sustrato de primitivismo y barbarie que jamás se borra en la civilización antigua. Al igual que hoy ironizamos con aquellos que encargan a su decorador tantos metros de librería, también Séneca afilaba su pluma contra la moda de adornar comedores y salones con estanterías de lujo, repletas de volúmenes hasta los techos, pero que el dueño de la casa no llegaba a mirar más allá de los títulos (*De tranq. an.* 9, 6). Tampoco el bueno de Trimalción debía de tener muy leídos los rollos de sus «tres bibliotecas», griega y latina, a juzgar por sus ideas sobre el desarrollo de la guerra de Troya (Petr., *Sat.* 50).

Pero no generalicemos a partir de las sátiras. Las ciudades desaparecidas bajo la erupción del Vesubio han proporcionado datos preciosos, por su completitud y coherencia, sobre la vida cotidiana durante las dos primeras dinastías del Alto Imperio, los Julio-Claudios y los Flavios<sup>15</sup>. Estamos en el año 79 d.C., y precisamente sobre nuestro tema de estudio nos ilustra a las mil maravillas la conocida pintura mural de Publio Paquio Próculo, en Pompeya, que hoy se conserva en el Museo de Nápoles: representa a un prócer local y a su esposa, él cogiendo un rollo de papiro, y ella exhibiendo el estilo (*stilus, graphium*) y las tablillas de cera para escribir (*tabulae/tabellae ceratae*). Por demás, delicioso es el retrato de la joven que con una mano sostiene un *codex*, mientras con la otra se lleva el estilo a la boca en ademán pensativo.

Otros frescos pompeyanos abundan en parecidos temas librarios y escriptorios, como si los munícipes itálicos quisiesen dejar patente su completa identificación con las corrientes culturales del *saeculum aureum*: además del punzón, del papiro y de las tablas enceradas, vemos otros materiales escriptorios de uso corriente, como el cálamo (*calamus*), el tintero (*atramentarium*), el raspador (*rasorium, novacula*), la caja cilíndrica para guardar los textos (*capsa, scrinium*), la etiqueta identificativa del rollo (*titulus, index*), la silla de lectura, etc. Y por si cupiesen dudas sobre el realismo o la credibilidad de estas escenas, los objetos recuperados en el curso de las excavaciones demuestran que la realidad corría pareja a las temáticas pictóricas, y que los ambientes napolitanos del *otium* y el *negotium* precisaban a la sazón de todas las artes gráficas disponibles. Esto se hace evidente no sólo por la aparición de algún estuche de plumín (*theca calamaria*) y de algún tintero de barro cocido, sino también porque ya desde 1875 tenemos a nuestra disposición más de 125 tablillas del banquero pompeyano Lucio Cecilio Jucundo, casi todas ellas recibos de operaciones mercantiles y financieras, tan bien estudiadas por J. Andreau en *Les affaires de Monsieur Jucundus* (Roma 1974). Todavía más: junto a las estancias de lectura ya supuestas para la Casa de Menandro y la Casa de Pansa, en

<sup>15</sup> Seguimos a R. Etienne, *La vida cotidiana en Pompeya*, Madrid 1996, *passim*, y a I. Andrews, *Pompeya*, Madrid 1990, *passim*.

los últimos años se ha identificado otra pequeña biblioteca privada dentro de una de las *domus* de la *insula occidentalis* de Pompeya<sup>16</sup>.

Bien acicalados y mejor ataviados, estos romanos de los frescos pompeyanos nos recuerdan por su elegante compostura de lectores a *Le philosophe lisant* de Chardin, revestido para el acto ceremonial de la lectura, y cuya estampa ha inspirado unas páginas apasionadas a George Steiner<sup>17</sup>. La aristocracia senatorial, que había entrado en crisis, cultivaba en sus villas campesinas un ocio que tenía mucho de escapismo del presente y de los negocios de estado (*res publica*), lejos de la capital, de su estrés, de sus frustraciones políticas: «la finca de Túsculo me agrada tanto que sólo me encuentro a gusto conmigo mismo cuando voy allí»<sup>18</sup>. No sería exagerado decir que entre aquellos nobles el filohelenismo, con sus maestros y apóstoles, sus devociones y escenografías, tenía algo de rito y celebración nostálgica a la vez. El malestar de la política no era entonces el malestar de la cultura, sino la excusa para una gozosa liturgia de las artes y las letras. Cuando un romano culto se sentaba a los pies de una estatua de Platón o de Aristóteles para filosofar o para recitar a los poetas, vestía incluso el manto y las sandalias griegas, y se hacía coronar<sup>19</sup>. En los convites que daba Atico en su casa no faltaba el lector (*anagnostes*), «la cosa que sin duda estimamos mas gozosa» (Nep., *Att.* 14, 1). Obviamente, se buscaba que la atmósfera de cada uno de estos retiros fuese lo más acorde a la circunstancia espiritual: en la *villa* de los Pisones las inquietudes librescas de los sucesivos dueños iban pariguales a sus gustos artísticos, y de ahí la concepción arquitectónica de la casa como gimnasio (los *ornamenta gymnasiode* de la *villa* ciceroniana de Túsculo: Cic., *Att.* 1, 6, 2); y de ahí también la colección de esculturas griegas que animaban sus salas, de igual forma que en otros palacetes la pinacoteca coexistía con la biblioteca<sup>20</sup>. Espacios de intimidad libres y relajados, opuestos incluso a los valores oficiales de la Roma julio-claudia; duplicidad de lengua y duplicidad de moral, lujo e hipocresía, gasto ostensible de productos culturales por parte de aristócratas y nuevos ricos, y hasta quizá alguna pizca de esnobismo, todo ello tiñendo una sociedad cada vez más refinada y más compleja<sup>21</sup>.

<sup>16</sup> Fotos de las estancias bibliotecarias de la Casa de Menandro en V. M. Strocka, *Römische Bibliotheken, Gymnasium* 88 (1981), lám. XIIIa-b; id., *Ein Haus mit Privat-bibliothek*, RM 100 (1993), p. 341-51. En relación con los materiales e instrumentos de escritura, como fuente para este periodo, señalemos la importancia del libro XIV de los *Epigramas* de Marcial.

<sup>17</sup> *El lector infrecuente*, en id., *Pasión intacta*, Madrid 1997, pp. 19-44. Compárese la pose del modelo de Chardin con el Menandro lector, y también sedente, de la Casa de Menandro, en Pompeya (cf. Blanck, o.c., ilustración 92).

<sup>18</sup> El comentario es de Cicerón, *Att.* I 6, 2 (tr. M. Rodríguez Pantoja), sobre el cual ver Pütz, o.c., p. 15.

<sup>19</sup> Zanker, o.c., p. 51 y ss., con la estatuaria helenizante, aunque su cita de Cic., *Pro Rab.* 26, sólo nos parece una prueba indirecta del mencionado ritualismo literario.

<sup>20</sup> Ya Cic., *Att.* I 3, 2; 8, 2; 10, 3, con el comentario de L. —A. Constans, *Observations critiques sur quelques lettres de Cicerón*, RPh 5 (1931), p. 224 y ss. Ver, sobre todo, el completo estudio de M. R. Wojcik, *La Villa dei Papiri ad Ercolano. Contributo alla ricostruzione dell'ideologia della nobilitas tardorepublicana*, Roma 1986, con un estudio del programa iconográfico y sus presupuestos políticos e intelectuales (esp., p. 259 y ss.).

<sup>21</sup> Ya la biblioteca del *Tusculanum* de Cicerón estaba en una *villa* dotada de un *gymnasium* superior, llamado *Lyceum*, y de un gimnasio inferior, denominado *Academia* (*Tusc.* 2, 9; 3, 7; 4, 7). Vid. asimismo Séneca, *De otio*, en que el tiempo libre es un valor superior a la política: esp. 6, 3-5. Estatuas de romanos vestidos a la griega: Zanker, *Augusto*, fig. 23, 24, comentadas.

En una civilización progresivamente alfabetizada como aquella, beneficiada de la *pax Augusta*, no sólo los órdenes superiores (senadores, caballeros, decuriones), sino también los grupos plebeyos de mediano status se convertían en compradores y lectores potenciales, dejando por doquier huellas de escritura, cuando no de bibliofilia. Las fuentes arqueológicas ratifican esos botones de muestra itálicos a los que nos hemos referido: amén de numerosas figuras de bulto redondo, los relieves de sarcófagos y las lápidas sepulcrales desarrollan iconografías librarias y escriptorias, en relación más o menos directa con los difuntos. Surge entonces la pregunta inevitable: ¿cuál era el porcentaje de lectores? E inevitablemente también, como siempre que nos interrogamos sobre cuestiones numéricas en Oriente, Grecia o Roma, nos viene a la memoria la «ignominiosa verdad» de A. H. Jones, a saber, que para el mundo antiguo carecemos de estadísticas<sup>22</sup>. Mas no desmayemos. Cabe aún contestar en los términos relativos de Erich Auerbach: «ni millones, ni tampoco centenares de miles, tal vez apenas algo más de unas decenas de miles en los mejores tiempos»<sup>23</sup>. Ciertamente estas gentes consumidoras de libros no pasaron nunca de ser una minoría, una sociedad libresca limitada, pero... ¡quién se la diera a otros siglos y culturas! Como quiera que fuese, la consolidación de un público lector a escala importante tenía que traer consigo la aparición de una nueva institución estatal, la biblioteca pública.

Huelga explicar por qué razón la institución oficial hubo de esperar más tiempo que la privada para hacerse realidad en la historia de Roma. La biblioteca pública iba a ser en la práctica una hija póstuma del régimen republicano. A este respecto no deja de ser elocuente que la *nobilitas* senatorial hiciese bien poca cosa por cubrir este servicio al público lector normal y corriente, y que fuese un hombre más próximo al pueblo y a la monarquía que al senado, Cayo Julio César, el que sentase los cimientos de la nueva política cultural<sup>24</sup>. Fue al mencionado Varrón, reputado bibliófilo y adelantado biblioteconomista con sus *De bibliothecis libri III*, al que César se ganó para dirigir aquella primera biblioteca pública de la capital que el dictador había proyectado y que su asesinato impidió llevar a buen término: «abrir al público —recuerda Suetonio (*Caes.* 44, 2)— el mayor número posible de bibliotecas griegas y latinas, para lo cual encomendó a Marco Varrón que cuidara de la compra y clasificación de los

<sup>22</sup> De una *Lección inaugural* del autor, publicada en Londres 1948, y citada por M. I. Finley, *Historia antigua. Problemas metodológicos*, Barcelona 1986, p. 48.

<sup>23</sup> E. Auerbach, *Literatursprache und Publikum in der lateinischen Spätantike und im Mittelalter*, Berna 1958, p. 178 (hay traducción española en Seix Barral, Barcelona 1969). Cf. además Cavallo, o.c., en Momigliano, Schiavone, o.c., pp. 713-14. Elenco muy bien comentado de esculturas de lectores vivos y muertos por P. Veyne, *El Imperio romano*, en Ph. Ariès, G. Duby (dir.), *Historia de la vida privada*. Tomo 1: *Imperio romano y antigüedad tardía*, 4.<sup>a</sup> reimp., Madrid 1994, p. 22, 33, 55, 93, 96, 142, 164-65, 221, si bien el índice temático del tomo no incluye la palabra biblioteca, lo que no deja de ser sintomático.

<sup>24</sup> Hemos de señalar que en la manualística del libro y las bibliotecas en Roma (casi siempre desde perspectivas filológicas e histórico-artísticas o arqueológicas), esta dimensión socio-política de la monumentalización y politización de la lectura (de la cultura escrita) es la que menos se aborda (y de ahí, sin ir más lejos, que en las biografías del dictador falte un análisis de su iniciativa bibliotecaria). Fidele, o.c., p. 32, sugiere la cuestión, pero no la acomete. Por ello son tan valiosas contribuciones como las de Luis Gil, *Censura en el mundo antiguo*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid 1985.



libros»<sup>25</sup>. El dictador era un buen conocedor del Oriente helenístico, y no sería de extrañar que su estancia en Alejandría dejase en él, entre otros gratos recuerdos, el de su gran biblioteca, modelo y acicate para su iniciativa en la Urbe. La inspiración alejandrina ha sido apuntada de manera reiterada en la investigación, pero al mismo tiempo creemos conveniente destacar la singular circunstancia romana en la que debería tomar cuerpo el proyecto cesariano, y no sólo por inscribirse de manera coherente en el programa arquitectónico del *forum Iulium*, sino también, y sobre todo, porque la función archivística no abandonará de buenas a primeras a la idea de biblioteca.

En efecto, un amigo del conquistador de las Galias, y gran amante de la historia, Asinio Polión, sería el que en 39 a.C. hiciese realidad el proyecto cesariano en el llamando *atrium Libertatis*, que él restauró, cerca de la *Curia*<sup>26</sup>. Muy poco sabemos de este primer templo de la lectura, cuyos tesoros al parecer se repartían en dos secciones, en perfecta consonancia con la acreditada tradición bilingüe de la Roma cultivada: textos latinos, por un lado, y textos griegos, por otro. Como escribió un moderno simpatizante del viejo e irreductible senador, «Polión siempre rindió homenaje a *Libertas*, y la literatura significaba para él más que la guerra y que la política»<sup>27</sup>. Con todo, es probable que esta primera biblioteca incluyese todavía un archivo público, herencia del *tabularium* de época republicana, ubicado precisamente en el Atrio, y en esto sentido apuntarían dos epígrafes de época imperial<sup>28</sup>.

Siglos después, Isidoro de Sevilla iba a compendiar las líneas maestras de esta evolución en las *Etimologías*: «El primero que introdujo en Roma gran cantidad de libros fue Emilio Paulo, después de la derrota de Perseo, rey de los macedonios; después de él, Lúculo, como parte del botín del Ponto. Más tarde César confió a Marco Varrón el encargo de organizar una gran biblioteca. Sin embargo, Polión fue el primero que abrió en Roma una biblioteca pública (*bibliothecas publicavit*), integrada por obras tanto griegas como latinas; las imágenes de

<sup>25</sup> Tr. M. Bassols. Cf. A. Garzetti, *Varrone nel suo tempo*, en *Atti del congresso internazionale di studi varroniani*, I, Rieti 1976, p. 99; Callmer, o.c., p. 156; Fedeli, o.c., n.º 44. Varrón, por cierto, había desarrollado una teoría heliocéntrica sobre la evolución de los materiales escriptorios (Plin., *Nat.*, 13, 69-70), según la cual las bibliotecas alejandrina y pergamena se repartían todos los honores en la historia de los descubrimientos: del pergamino en forma de códice y del papiro en forma de rollo, con olvido de Mesopotamia y Egipto; ver Pesando, o.c., p. 15.

<sup>26</sup> Ov., *Tr.* 3, 1, 71-72: «la Libertad no me dejó tocar su atrio, que fue el primero en abrirse a doctos libritos» (tr. J. González). Ver J. Carcopino, *Julio César. El proceso clásico de la concentración del poder*, Madrid 1974, p. 587, con todas las fuentes; Makowiecka, o.c., p. 28-29; Pöhlmann, o.c., p. 53. Según Plin., *Nat.* 35, 10 (y 7, 115) Polión introdujo la costumbre de las *imágenes* y *statuae* en las bibliotecas romanas.

<sup>27</sup> R. Syme, *La revolución romana*, Madrid 1989, p. 308. Vid. también H. Bardon, *Les empereurs et les lettres latines, d'Auguste a Hadrien*, Paris 1968, pp. 64-65, 98-99.

<sup>28</sup> *CIL* VI 9921, 9514; cf. F. Coarelli, *Atrium Libertatis*, en E. M. Steinby (a c.), *Lexicon Topographicum Urbis Romae*, I, Roma 1993, p. 134 (fig. 77), continuidad y confusión funcional que habían pasado desapercibidas a los anteriores estudiosos: ver, por ej., Mazowiecka, o.c., p. 5 n.º 2, dando por hecha para esta época la superación del viejo concepto oriental, a excepción si cabe del Egipto romano (E. Morlet, *Recherches sur l'emploi des termes «bibliotheke», «bibliophylaks» dans l'Égypte Romaine*, *Revue des bibliothèques* 9 (1899), p. 97-109). La biblioteca emancipada del archivo no se impuso en Roma de buenas a primeras, como tampoco en otros lugares, porque la idea de conservación pública de los textos escritos estaba esencialmente ligada a la institución archivística, muy anterior en el tiempo.

muchos escritores aparecían expuestas en su atrio, que había adornado con la mayor magnificencia con obras procedentes de compras de botines»<sup>29</sup>.

Augusto no podía ser menos y, en efecto, no se dejó eclipsar en el terreno de la munificencia, o por decirlo con el término propio de su reinado, la *publica magnificentia*<sup>30</sup>. El Príncipe fundó dos bibliotecas de libre acceso, ambas bilingües: una en el Pórtico de Octavia (Suet., *Gramm.* 21, 3), la *bibliotheca Octaviae* (o *bibliotheca porticus Octaviae*), consagrada con posterioridad al 23 d.C. y destruida en el incendio del 180 (D.C. 66, 24, 2); y otra sobre la colina del Palatino, en 28 d.C., que iba a mantenerse en pie hasta la época de Constantino (Suet., *Aug.* 29, 3; *Ov., Tr.* 3, 1, 71-72; D.C. 53, 1, 3). Era de esperar que también ahora un díptico sirviese de módulo constructivo para la organización del edificio palatino, la *bibliotheca ad Apollonis*, anexa al deslumbrante templo de Apolo: dos salas de lectura y *depositio librorum*, absidales y contiguas, se repartían ambas colecciones (griega y latina) y se abrían a un pórtico exterior, para pasear y entretenerse con los textos; en su interior nichos de pared al uso acogían los armarios para guardar los volúmenes, entre estatuas de renombrados poetas y oradores, revestidos de armadura. Señalemos que la novedad de la concepción arquitectónica romana radicaba en que depósito de volúmenes y sala de lectura se fundían en un solo ambiente, al contrario del modelo helenístico (alejandrino), donde ambos espacios estaban nítidamente separados<sup>31</sup>.

Si entre los Ptolomeos el director de la biblioteca de Alejandría era *ex officio* el preceptor del príncipe heredero, se diría que el César se acordó del precedente cuando encomendó la educación de sus queridísimos nietos, Cayo y Lucio, a un auténtico *connaissanceur* en materia de bibliografía, M. Verrio Flaco (Suet., *Gramm.* 17). Seguro que este preceptor tuvo a su disposición a los dos bibliotecarios jefes del centro palatino, el gramático Pompeyo Macro (Suet., *Caes.* 56, 7) y Cayo Julio Higino (Suet., *Gramm.* 20). Este último era un liberto imperial de origen hispano, pero no por casualidad con una clara conexión alejandrina<sup>32</sup>. Por lo demás, la biblioteca octa-

<sup>29</sup> *Etym.* VI 5; trad. J. Oroz, M. —A. Marcos, Madrid 1993. Citas complementarias: Plu., *Aem.*, 28, 11; *Sull.*, 26, 1-3; *Cic.*, 27, 6; *Str.* 13, 1, 54 (D. L. 5, 52); *Cell.* 3, 10, 17; *Plin.*, *loc. cit.* Pasajes del corpus ciceroniano, muy numerosos e informativos, en Fedeli, o.c., p. 34 y ss., 47 y ss.

<sup>30</sup> *Vid.* Zanker, o.c., p. 166 y ss., para el programa augusteo en la *Urbs*, aunque de acuerdo con la restante manualística arqueológica, histórico-artística e historiográfica en general, el autor apenas aprecia los edificios bibliotecarios del reinado.

<sup>31</sup> Así ya Callmer, o.c., p. 159, 186 y ss. Sobre ambas bibliotecas ver además Mazowiecka, o.c., p. 29 y ss., discusión de las hipótesis reconstructivas y aspectos arqueológicos; Strocka, o.c., 307 y ss.; Fedeli, o.c., p. 49 y ss.; P. Gros, *Apollo Palatinus*, y A. Viscogliosi, *Porticus Octaviae*, en Steinby, o.c., I, p. 55-56 (fig. 34), II (1999), p. 141 y ss., con todas las fuentes; y Casson, o.c., p. 80 y ss. Para su inserción urbanística y político-cultural, Zanker, o.c., p. 90 y ss. Plantas y topografía: G. Caretoni, A. M. Collini, L. Cozza, G. Gatti, *La pianta marmorea di Roma antica. Forma Urbis Romae*, I-II, Roma 1960, pp. 77-8, 91 y ss. (tav. XXII, XXIX). También García y Bellido, o.c., figs. 33, 960.

<sup>32</sup> Cf. R. Hanslik, *Cn. Pompeius Macer*, *RE* XXI, 2 (1952), col. 2276-77; E. Diehl, *C. Iulius Hyginus*, *RE* X, 1 (1917), col. 628-29; R. A. Kaster (ed.), *C. Suetonius Tranquillus. De Grammaticis et Rhetoribus*, Oxford 1995, p. 210-11, 219-20, con el comentario histórico y más bibliografía; también Pöhlmann, o.c., p. 62. Fundamental siempre esa referencia alejandrina en el desarrollo de las colecciones romanas y la formación de los lectores: *vid.* Ch. Jacob, *Athenaeus the Librarian*, en D. Braund, J. Wilkins (ed.), *Athenaeus and his World. Reading Greek Culture in the Roman Empire*, Exeter 2000, p. 85-110.

viana nos ha dejado el recuerdo de varios de sus bibliotecarios y administradores en forma de inscripciones funerarias (*CIL* VI, 2347-2349, 4431-4435, 5192). Mencionemos a Filoxeno Juliano (*CIL*, VI, 2348), vinculado a la sección griega, y a otro responsable en la sección latina, Himno Aureliano (*CIL*, VI, 2347): *Decurio / Hymnus / Aurelianus / a bybliotheca / latina Porticus / Octaviae / vilicus*. Su primer bibliotecario jefe parece que fue Cayo Meliso (Suet., *Gramm.* 21), liberto de Mecenas y conocido gramático, el cual también supo ganarse la confianza de Augusto<sup>33</sup>.

Como en tantas otras cosas, el fundador del Principado marcó la pauta en lo tocante a evergetismo cultural, sobre todo en Roma, que cumplía así las funciones de «una villa para el pueblo»<sup>34</sup>; pero también en lo tocante a canonización o censura de los autores, ya que las bibliotecas imperiales admitían o rechazaban las obras no sólo atendiendo a criterios literarios y filológicos, sino también morales y políticos. Como es bien sabido, Ovidio fue el caso más célebre de caída en desgracia bajo Augusto<sup>35</sup>. Sus sucesores continuarán esta labor de atención al público lector, sin bajar la guardia frente a los autores considerados peligrosos o políticamente incorrectos. Era la cara y cruz de la moneda. Se sabe que Tiberio fundó al menos dos bibliotecas en Roma, una junto al templo de Divo Augusto (*bibliotheca templi divi Augusti*), que siguió en funcionamiento hasta el siglo IV, y otra en el interior de su propio palacio, la *bibliotheca domus Tiberiana*, cuyos fondos atacados por sucesivos incendios aún podían ser consultados en el reinado de Majencio<sup>36</sup>. Su pasión por algunos poetas griegos de segunda fila le llevó al extremo de ordenar la colocación de sus bustos en las bibliotecas públicas, junto a los de los grandes clásicos (Suet., *Tib.* 70, 2). Todo ello no fue óbice para que el cesarismo del príncipe se cebase en la creación literaria (Suet., *Tib.* 61, 3), ni para que bajo su reinado se incoase proceso de lesa majestad contra A. Cremucio Cordo, por ciertos «asertos audaces» hallados en sus trabajos de historia: un senadoconsulto ordenó la cremación de todas sus obras, en Roma por los ediles y en las restantes ciudades del imperio por los magistrados competentes<sup>37</sup>. Noticias como éstas revisten gran interés, pues nos ponen de relieve los poderes de la administración para eliminar las obras vitandas, si no de las colecciones domésticas, sí de las bibliotecas públicas a lo

<sup>33</sup> Para la historia social del *procurator bibliothecarum*, del *bibliothecarius* y del personal a *biblioteca* durante el alto Imperio, ver Casson, o.c., p. 92 y ss., todos ellos (ingenuos, manumisos o esclavos) muy vinculados a la persona del emperador.

<sup>34</sup> Zanker, o.c., p. 170 y ss. El capítulo en cierto modo paralelo en la historia política de Atenas viene marcado por la política democratizante, urbanística y mistofórica de Pericles frente a la vieja aristocracia encarnada por Eupátridas como Cimón: ver Arist., *Ath. Pol.* 27, 3, con el análisis de M. I. Finley, *El nacimiento de la política*, Barcelona 1986, p. 58 y ss.

<sup>35</sup> Cf. Gil, o.c., p. 140, y W. Speyer, *Büchervernichtung und Zensur des Geistes bei Heiden, Juden und Christen*, Stuttgart 1981, pp. 61-2, con las fuentes, empezando por Ov., *Tr.* 3, 1, 65, y la exclusión de las colecciones públicas (ver, en cambio, la actitud de Augusto para con Virgilio: Plin., *Nat.* 7, 114). En relación también directa con nuestra problemática, cf. N. Horsfall, *Empty Shelves on the Palatine*, G&R 40 (1993), pp. 58-67.

<sup>36</sup> Ver C. Krause, *Bibliotheca Domus Tiberianae*, y M. Torelli, *Bibliotheca Templi Divi Augusti*, en Steinby, o.c., I, pp. 196-97, con las fuentes. También Callmer, o.c., p. 160; Fedeli, o.c., p. 50; Pöhlmann, o.c., p. 54.

<sup>37</sup> Cf. Gil, o.c., p. 149; Syme, o.c., pp. 609-10; Pöhlmann, o.c., p. 63.

largo y ancho del imperio. Entraba asimismo en la legalidad vigente que se penalizase la circulación comercial de los títulos prohibidos, como sugieren los miedos de Ovidio (*Tr.* 3, 1, 65-80). Calígula fue quien terminó la biblioteca del templo empezada por su predecesor (Suet., *Cal.* 21), pero al mismo tiempo llegó a concebir la idea, en su delirio de censor platónico, de suprimir en todas las bibliotecas imperiales los ejemplares de Homero; muy poco faltó incluso para que por añadidura Virgilio y Tito Livio corriesen la misma suerte, incluidas cuantas efigies suyas adornasen las salas de lectura (Suet., *Cal.* 34, 2).

Todos conocemos las querencias anticuarias de Claudio, aquel emperador que en la novela de Robert Graves aparecía embebido en la consulta de viejos rollos de etruscología o de secretos anales familiares de contenido escandaloso. Todos conocemos también los aires de literato que se daba Nerón, pasto abundoso para cineastas de todo color y toda laya, que casi siempre se han recreado en escenografías julio-claudias de gestos melodramáticos y megalómanos, cuando no truculentos, con inclusión de los padecimientos de los pobres cristianos o judíos a manos del pérfido romano imperio<sup>38</sup>. Pero, si separamos el grano de la paja, de todo ese anecdotario nos queda la realidad fuerte de la civilización alto-imperial, de cultura escrita y orientaciones librescas y archivísticas. Ya nos hemos acostumbrado al fenómeno insólito de que los césares no sólo estuviesen alfabetizados, sino que incluso se consagrasen a la escritura, que fuesen consultores de archivos y bibliotecas, desde Julio César y Augusto hasta el último de los Severos, por no explayarnos ahora en figuras tan increíbles como Adriano o Marco Aurelio. ¡Con un listón tan alto no es de extrañar que H. Bardon llegara a menospreciar la obra escrita de Trajano! Claro que para justipreciar esos logros, que desde luego presuponen el legado de Grecia, tendríamos que mirar hacia adelante, al tono de la vida unos siete siglos después, en pleno medievo. En el llamado «renacimiento» carolingio, casi se nos antojan patéticos los esfuerzos escolares de Carlomagno, intentando en edad avanzada dominar el arte de la escritura, luchando en vano durante sus ratos libres por plasmar algún grafismo en tablillas de las que no se separaba ni en la cama. Tanto y más era lo que se había perdido<sup>39</sup>.

Imperialistas y guerreros, los romanos también supieron rendir culto al poético Apolo y a las dulces Musas, y una buena prueba de ello era la costumbre que ya hemos constatado desde tiempos republicanos: la constitución o financiación de bibliotecas con los despojos de la victoria militar. Si los *Pontica praeda* de Lúculo y el expolio (*de manubiis*) ilírico de Polión habían producido en su día importantes colecciones, Vespasiano quiso dar lustre a su dinastía creando un nuevo centro bibliotecario, inserto esta vez en el complejo monumental cuya cons-

<sup>38</sup> Por cierto, la localización arqueológica de la biblioteca de la Domus Aurea, mencionada en las fuentes, ha de considerarse por el momento fallida, caso de Callmer, o.c., p. 160-61; cf. Strocka, o.c., p. 309 n. 28; también Steinby, o.c., II, Roma 1995, p. 49 y ss., sin referencias a la misma.

<sup>39</sup> En la *Vita Karoli*, de Eginardo: *temptabat et scribere, tabulasque et codicillos ad hoc in lecto sub cervicalibus circumferre solebat, ut, cum vacuum tempus esset, manum litteris affigendis adsuesceret; sed parum successit labor praeposterus ac sero inchoatus* (la cita en A. Millares Carlo, *Introducción a la historia del libro y las bibliotecas*, México 1971, p. 18 n. 10; vid. también Escolar, o.c., p. 225-26). Para las orientaciones archivísticas romanas, vid. AA.VV., *La mémoire perdue. A la recherche des archives oubliées, publiques et privées, de la Rome antique*, París 1994, *passim*.

trucción pudo financiar con el botín de la guerra judía y la conquista de Jerusalén. Nos referimos al *templum Pacis*.

El primero de los Flavios dejó como prueba de su magnificencia un templo a la paz, consagrado en el 75, sin duda uno de los espacios arquitectónicos más imponentes de la Roma imperial<sup>40</sup>. Dentro de este amplio recinto, que se desarrollaba en torno a un patio porticado con el templo en su cabecera, fueron habilitadas dos estancias para la conservación de fondos bibliográficos dignos de interés, griegos y latinos. Para entonces los consumidores de literatura se habían vuelto más exigentes y ya no se contentaban con el consabido canon de títulos más o menos elementales. Es ésta la razón por la cual la *bibliotheca Pacis*, como por lo visto era conocida, buscó una cierta especialización en escritos raros de gramáticos y anticuarios latinos (Gel. 5, 21, 9; 16, 8, 2). A este respecto, conviene poner en relación una noticia de Suetonio acerca de Tiberio con las citadas informaciones de Aulo Gelio, a fin de comprender cómo la política de adquisiciones se fue amoldando a las ampliadas demandas del público lector, en especial del más docto y curioso. Pues, en efecto, si el hijo de Livia se había preocupado aún por reunir en las bibliotecas estatales los textos de los clásicos griegos, en época flavia había ya que dar paso a obras menos conocidas, como las relativas a las antigüedades patrias: romanas, latinas, etruscas, itálicas, y así por el estilo<sup>41</sup>.

La dinastía de los Flavios (69-96) cierra el primer siglo del Principado. La autocracia no había dejado de aumentar desde la época de Augusto, a pesar de lo cual el saber libresco y las bibliotecas no se resintieron mayormente de ello. Ahí está Quintiliano para demostrarlo, el gran tótem de las letras latinas durante el periodo flavio, favorecido de Vespasiano, Tito y Domiciano. Los despotismos orientales (el faraónico, el asirio, el neobabilonio) habían ya puesto de manifiesto que la corte y los hombres de letras no tenían por qué ser a la fuerza incompatibles. Los Lágidas se encargaron de elevar a categoría esta alianza entre realeza y filología, entre el poder político y los custodios de la tradición escrita. Pero hay amores que matan, o por lo menos, que coartan no poco la libertad de expresión, como prueba la historia de la censura en tiempos del alto Imperio. Tácito (*Ag.* 2, 1) da amargo testimonio de ello por lo que se refiere al reinado de Domiciano, un emperador que por lo demás dio generosas muestras de celo bibliotecario (Suet., *Dom.* 20). Una paradójica lección en la historia de la civilización que quizá valga la pena no echar en saco roto<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> Caretoni, Colini, Cozza, Gatti, o.c., p. 73 (tav. XX); Coarelli, *Pax, Templum*, en Steinboyl, IV, Roma 1999, p. 67 y ss. (fig. 24); Makowiecka, o.c., p. 42 y ss. También Callmer, o.c., pp. 161-62; Pesando, o.c., fig. 49, y A. Jiménez, *El arquitecto en Roma*, en AA.VV., *Artistas y artesanos en la antigüedad clásica*, Mérida 1994, p. 62. De los citados estudios arqueológicos se desprende que la forma y disposición de las estancias bibliotecarias resultan hoy por hoy bastante hipotéticas.

<sup>41</sup> Proceso lector apuntado por G. Pasquali, s. v. *Biblioteca*, en la *Enciclopedia Italiana*, VI, Roma 1930, p. 945, al que sigue Fedeli, o.c., pp. 50-51.

<sup>42</sup> Este trabajo pudo ser concluido gracias a una beca de investigación de la Alexander von Humboldt Stiftung en los seminarios de Historia Antigua, Filología Clásica y Arqueología Clásica de la Universidad de Münster.